



Cristóbal Martínez Bordiú, marqués de Villaverde, pronuncia su polémica conferencia sobre Franco en la sede de Fuerza Nueva (izquierda). Arriba: Blas Piñar, aspirante a "caudillo", baja de la tribuna instalada en la plaza de Oriente en la conmemoración del cuarto aniversario de la muerte de Franco.

económica general porque tenía menos reservas, porque estaba más desvalido. En España el viejo régimen no ha muerto por guerra o revolución, sino que ni siquiera ha muerto del todo, y está entretejido en todos los factores actuales de poder. La pobreza endémica, la incuria antigua, son factores distintos a los de la estabilidad democrática en Francia o en Inglaterra. Y la democracia, a pesar de su forma de advenimiento, de estar acunada por el régimen anterior, se presente con un doble defecto original: para unos, sigue siendo el mismo régimen débil por el que se atacaba a las democracias europeas de los años treinta; para otros, sigue siendo poco democrática.

LA reaparición de un fascismo en España parece poco probable. No se reproducen las condiciones de 1936, ni la situación mundial es equivalente: no hay apoyos externos. Ni hay un revolucionarismo frente al que se defiendan las clases que se consideran amenazadas. No hay, ni mucho menos, amenaza de una conquista del poder por la izquierda; no hay ninguna condición objetiva que haga pensar en el golpe de Estado. Pero lo que sí se configura en la existencia de esta extrema derecha como un grupo de presión muy poderoso. Su crecimiento sociológico y la suma de las derechas más moderadas probablemente no suponen una inversión del proceso electoral o referendario, aunque en las elecciones de dentro de tres años largos pudiera meter en las Cortes un número estimable de diputados. El crecimiento de este grupo de presión, en cambio, puede desnaturalizar la democracia; la está desnaturalizando ya. Parece que la respuesta posible no está en sanciones, amenazas o persecuciones, ni mucho menos en gritos de alarma, sino una creación decidida y prudente de las verdaderas condiciones de la democracia. Que no es solamente una conjunto de mecanismos de régimen, un sistema formal, sino en la profundización de unos valores que están lejos de ser caducos. Y en una cierta valentía cívica que no vemos, por ahora, aparecer.

ESPIRITUALISTAS, MATERIALISTAS

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

CARECE —por Wojtyła, por Jomeini, por algunos pistoleros de Occidente— como si se reanudara la vieja lucha entre el espiritualismo y el materialismo. No tiene la virtualidad antigua porque sabemos lo que hay detrás de los términos. El espiritualismo defiende una sociedad material de bienes concretos: el matrimonio burgués como endogamia que perpetúa una clase, la educación de los hijos como herederos del poder, las grandes concentraciones geopolíticas para evitar la fragmentación de ese mismo poder. El materialismo busca unos bienes abstractos que se cifran en el huir, evanescente concepto de libertad; las relaciones humanas como fruto de una voluntad variable, la quizá imposible devolución de la Naturaleza, la formación de los hijos en la capacidad de elegir por ellos mismos, la revaluación de toda clase de minorías. Cualquier observador tenuemente neutral encontraría que los términos del enfrentamiento están trastocados, y que el materialismo corresponde a quienes se llaman espiritualistas, y viceversa.

Pero no va a ser posible cambiar esta nomenclatura. Los que tienen la propiedad de todo la tienen también de las palabras, y hace tiempo que decidieron llamarse espiritualistas, y ligar el concepto de alma a lo que supone el esplendor de sus propios cuerpos. Han creado un cuerpo especializado que va desde el sacerdote —ya en el antiguo Egipto...— a los Ministerios de Cultura —ya en la moderna España...— especializados en esta semántica. Con sus pálidas posaderas ablandadas por el sillón chester, su whisky ambarino en la mano, su digestión un poco pesada por el *faisán* a las uvas, piensan con tristeza y desdén en los obreros parados, o en los que cargan sus nóminas, o el autonomista frustrado, o en el herido por un amor antisocial, como en personajes afectos a lo material, capaces de hundir esta civilización tan bien hecha sobre lo puramente espiritual: sobre la piedra y el trabajo de las catedrales, los toneles de Borgoña aplastados por los años, la delicadeza de una "villa d'amore" del gran periodo veneciano o los poemas imperiales de Garcilaso. Y si aún fuera eso... Pero a veces el espiritualismo se limita a una homilla en el barrio de Salamanca, la evocación de "Rosas de otoño", de Benavente, o la cacería en el coto privado.

En todo ello encuentran la identidad del alma. La oponen al cuerpo, que es una cosa de pobres de espíritu. Y de todo lo demás. El materialista merece mano dura. La mano de Jomeini o la que se inspira en Wojtyła. El materialismo contemporáneo, que imagina ciertas posibilidades de libertad individual, de renacimiento cultural, de simple supervivencia. Querer sobrevivir es una cosa detestable.

Y, al fondo, se oyen las voces de María Antonieta cuando el pueblo se acumulaba a las puertas de palacio pidiendo pan: "¿No tienen pan? Qué tontería, pues que coman tortas". Poco tiempo después, la cabeza de María Antonia —no sabemos, en realidad, por qué deformación le seguimos llamando Antonieta: Antoinette, en francés, es simplemente Antonia— rodaba con la guillotina. Luego, los espiritualistas se compraron la guillotina. Había que hacerla funcionar en el sentido inverso. Como los vocablos espiritualista, materialista. ■

POZUELO